

Josep M. Vallès:

‘Los políticos van a remolque de los medios’

Josep M. Vallès es diputado en el Parlament de Catalunya por el Grupo Socialista-Ciutadans pel Canvi. Tras una vida de catedrático de Ciencias Políticas y de la Administración, ahora ha dejado las aulas por el hemiciclo. En esta conversación con Toni Comín, Lorenzo Gomis y Jordi Pérez habla de las experiencias y reflexiones de su nueva etapa. ¿Cómo ve la práctica un teórico de la política?

Su merecida fama de teórico político le llegó a Josep M. Vallès gracias a la innovadora publicación en 1977 de *Sistema electoral y gobierno representativo*, ahora reeditado. Recientemente, Ariel ha presentado el manual *Ciencia política*, compendio de las lecciones universitarias de J. M. Vallès.

Toni Comín: Supongo que a estas alturas ya estarás acostumbrado como político a sentarte para una entrevista.

Josep M. Vallès: En realidad, no mucho. El profesor puede preparar sus clases y sus intervenciones. En cambio, el político actual debe estar dispuesto a improvisar porque le preguntan sobre cualquier cosa y en cualquier momento, y difícilmente puede contestar que no sabe de qué le hablan. Implica una enorme gimnasia mental poseer un análisis permanente de la realidad para poder tener opinión sobre cualquier tema desde las siete de la mañana, cuando llaman a casa preguntándote qué te parece lo que ha afirmado un adversario político. A partir de ahí se forma una cadena de réplicas y contrarréplicas cada media hora. No es una ninguna caricatura. Así que es comprensible que el espacio para la reflexión y para la recogida de información sea poco abundante.

Lorenzo Gomis: ¿Se da algún tipo de control interno en los partidos sobre las opiniones de sus miembros, hay alguna represión interna?

J. M. Vallès: La cuestión es que —a diferencia de profesiones como la académica— el ritmo de trabajo político es tan frenético y la actividad tan desordenada que el control interno de los partidos sobre sus miembros más representativos no es fácil. A lo sumo, hay *a posteriori* una regañina —más o menos severa— de la dirección al “espontáneo” o al que va por libre.

Jordi Pérez: ¿Qué importancia da el

mundo político al papel de los medios?

J. M. Vallès: Muy grande. Es evidente. Se vive muy intensamente desde “dentro”. Menos claro es si su impacto sobre la opinión es tan intenso como se dice. Un factor que produce esta sobredimensión es el papel de los resúmenes de prensa que los políticos suelen consumir frenéticamente todos los días. Se trata de una colección de fotocopias de noticias y artículos. La misma noticia repetida varias veces según las versiones de los distintos periódicos, amplifica su importancia. El político que está afectado —para bien o para mal— por dicha noticia, que en el diario quizá no ocupa más que algunas líneas de una página interior, la ve repetida y

Si alguien dice una memez
enseguida se busca una
contramemez, predomina
el juego de los titulares

físicamente ampliada en el resumen de prensa y la percibe como algo vital. Esto explica y refuerza la dependencia que existe entre los medios y los políticos. Este fenómeno visto desde dentro se convierte en complicidad. Medios y políticos se buscan y se encuentran unos a otros. El periodista enseguida identifica al político que habla y al que mantiene la boca cerrada. Si después de haber hecho dos aproximaciones ven que eres alguien que no les das material, ya no insisten y te ignoran. Cada partido tiene sus especialistas o comisionados para esta cooperación. Pero también hay “voluntarios”, a quienes también les gusta hacerlo por su cuenta, porque se fabrican su propia imagen. En el mismo edificio del parlamento, se

escenifica esta relación: en una parte, en la sala de prensa, están los líderes dirigiéndose a un nutrido grupo de periodistas, de compañeros y de adversarios. Al otro lado está el hemiciclo con un orador en la tribuna disertando sobre un tema especializado ante un pequeño grupo de diputados a quienes les afecta la cuestión. Así que el debate con más resonancia no está dentro de la cámara sino en la sala de prensa.

L. Gomis: Si no fuera así, la gente no sabría que hay política. Así al menos se siente la ficción de que funciona, que se habla, que se discute.

J. Pérez: Quizá es también esta falsa ficción, esta endogamia entre medios y políticos, la que hace que la gente, sobre todo los jóvenes, se sientan alejados de la gestión pública, porque parece que todo dependa de lo que uno dice o lo que el otro afirma sobre cuestiones de escaso valor.

J. M. Vallès: Es cierto que se da este alejamiento entre ciudadanía y clase política. Pero cuando se habla de clase política yo creo que debemos incluir a los profesionales de la comunicación sobre política. Toda su actividad va destinada a divulgar o fabricar noticias y temas, son ellos los que muy a menudo marcan la agenda. El político va bastante a remolque.

J. Pérez: Los políticos bailan al ritmo de los medios.

J. M. Vallès: Se trata quizá más de una especie de simbiosis. Esto se aprecia en las reuniones internas donde se dice: sobre este asunto, ¿cuál es el titular que queremos? Y ahí es donde se distingue entre los que conocen el oficio, tal como hoy se lleva, y los que no. Es una de las cualidades que distinguen al líder o al personaje con cierto empuje político. Son factores personales que cuentan más de lo que podría parecer, que pue-

den acabar contando tanto como el mismo programa político.

T. Comín: ¿Esto explica que el líder pueda considerar que le han elegido a él y no a las ideas que representa, que no sólo han elegido su racionalidad sino también su personalidad y sus *feelings*?

J. M. Vallès: Sí. Pero tampoco puede desconectarse de las razonadas pretensiones de sus partidarios. Si fuera así, acabaría perdiendo su legitimidad y su condición de líder.

L. Gomis: Todo ello contribuye a la personalización de la política.

J. M. Vallès: Enormemente. Tenemos aquella anécdota —no sé si verídica— que cuenta la historia de un presidente de la República francesa que viajaba en tren de París a la provincia a principios del siglo XIX. En mitad de la noche se apeó en una estación para fumar. Y el tren partió dejándole en medio del andén vacío, de noche, con su batín. El político vio el despacho iluminado del jefe de estación y se acercó: “Disculpe, se me ha escapado el tren. Soy el presidente de la República”. Entonces el jefe de estación se lo quedó mirando y llamó por teléfono: “Oye, que aquí hay un loco que dice que es el presidente de la República”. Y es que a principios de siglo, la cara del presidente de la República no la había visto casi nadie. Si lo comparamos con el momento actual nos damos cuenta de que si ahora Aznar, Pujol o Maragall se pierden por la montaña y se encuentran con un pastor, serán inmediatamente reconocidos.

T. Comín: Podríamos decir que por un lado los medios son imprescindibles para el sistema democrático, pero que por el otro lo pervierten.

J. M. Vallès: La palabra “pervertir” es fuerte. Aunque sí lo alteran sustancialmente.

T. Comín: Pero también lo pervierten porque en lugar de debate generan espectáculo y la democracia debería basarse en el debate público.

L. Gomis: Pero hemos de tener en cuenta que el público tiene un nivel intelectual y una capacidad de atención limitada, es decir, no es gratuito que los medios hagan espectáculo. Porque además, en la actualidad, todo es espectáculo.

T. Comín: Cuando digo debate no me refiero a un debate intelectual. Quiero decir que la gente elija y no únicamente reciba. La gente recibe pero los medios no la ayudan a que elija lo que quiera, aunque sea sin haber reflexionado mucho.

J. M. Vallès: Como en otros temas, siempre tenemos dos visiones: la pesimista y la optimista. La optimista es que si es cierto que hay un crecimiento gradual del nivel cultural de la población, esto hará que la gente tome una actitud de distanciamiento o de desconfianza ante este espectáculo y se deje influir menos de lo que nos

parece. Creo que respecto al contenido directamente político —un telediario, una entrevista—, una gran parte de la audiencia pone en marcha sus filtros protectores. En cambio no coloca estos filtros ante otros mensajes: publicidad comercial, programas de entretenimiento. Creo que la influencia de estos otros mensajes es más poderosa que la directamente política. Aunque sólo fuera por la abundancia con que se prodiga: en un periódico, por ejemplo, hay más espacio para la publicidad que para la opinión o la información.

L. Gomis: Y las páginas buenas son para la publicidad.

J. M. Vallès: Sí. Un periódico acaba siendo un soporte publicitario con alguna incrustación informativa o de debate.

T. Comín: Y sin embargo esto no puede arreglarse por ley, mientras que el minutaje de los políticos, sí.

J. M. Vallès: Exacto. La verdad es que los políticos discuten sobre si salen mucho o poco en televisión o en radio. Pero lo decisivo acaba siendo el hecho de que los valores que nosotros defendemos como izquierda progresista son destrozados no por otros políticos sino por los anuncios comerciales, por los modelos de conducta que proponen y los valores que divulgan. Ante esto hay excesiva pasividad. No nos quejamos ni protestamos suficientemente. Nos hemos hecho bastante insensibles ante esta invasión que nos afecta mucho, especialmente a jóvenes y niños. Recuerdo una campaña publicitaria de estas últimas Navidades

en la que aparecía en la parte posterior de los autobuses una pierna de mujer y un tipo con cara de *serial killer* acompañados por el eslogan “Stop Thinking” (deja de pensar). El creativo publicitario había llegado ahí a la sublimación del mensaje publicitario. Y parece no preocuparnos.

L. Gomis: ¿Y qué anunciaban?

J. M. Vallès: Perfume. Pero qué más da, sería lo mismo para vender un coche o unas zapatillas deportivas.

L. Gomis: La publicidad comercial tiene unos tonos suaves y quiere persuadir sobre lo que sea, pero la publicidad política es contrapropaganda del otro más que publicidad propia, se utiliza para descrédito del adversario.

J. M. Vallès: Sí, está en relación con la espectacularización y personalización de la política. Por ejemplo, se quiere saber si uno está a favor o en contra de lo que ha dicho su contrin-

cante político y no qué propuestas ofrece. En el periódico apenas aparecen, por ejemplo, las diez propuestas que presenta un partido para rehabilitar un barrio deprimido. En cambio, si alguien ha dicho una memez, enseguida se busca una contramemez. Es el juego de los titulares el que predomina. Si se presenta algo más trabajado, menos circunstancial, interesa menos.

L. Gomis: Quisiera también hablar del caso de las vacas locas, que planteas como ilustración en tu libro. El problema empezó más o menos a conocerse en el 88, y, ahora, 13 años después, los políticos parece que empiezan a intervenir.

J. M. Vallès: Sí, es una manifestación clara de lo que dice Ulrich Beck sobre la “sociedad del riesgo”: la misma sociedad lleva a cabo manipulaciones que generan riesgos que después no puede controlar.

T. Comín: El “riesgo fabricado”, como dice Anthony Giddens.

J. M. Vallès: Sí. Antes los riesgos que debían evitarse eran los estrictamente naturales.

L. Gomis: Los grandes hombres de negocios, las empresas, los que piensan que los piensas se podían hacer con res-



J.M. Vallès visto por S. Gomis

de animales, los ganaderos, todos estaban pendientes de eso, pero la ciudadanía vivía sin enterarse de nada. Los políticos debían saber más porque todo se mueve por permisos y las investigaciones se hacen con dinero. ¿Quién paga y para investigar qué?

T. Comín: Los procesos industriales similares a éste son innumerables. Por cada problema se necesitaría un equipo de científicos estudiando el caso. La sociedad no da para ocuparse de todo. Estamos incurriendo en riesgos constantemente.

J. M. Vallès: Al final acabas dándote cuenta de que el asunto de las vacas locas lo estamos enfocando sólo en función de los expertos. No hay un debate de opinión, no hay un debate ciudadano, más allá de la alarma que se ha creado. Los políticos se acaban subordinando a un comité de expertos, a la ciencia. Así que al final el legitimador de las decisiones políticas es un incierto conocimiento científico.

T. Comín: Giddens cuando se plantea cómo resolver este tema dice que hay que hacer un triángulo entre opinión pública, políticos y científicos.

J. M. Vallès: La opinión pública debe decidir si quiere asumir este riesgo o no. Y no los científicos. Debemos reconocer que alimentar un animal de manera "artificial" y no de la forma tradicional, significa sacar un mayor rendimiento. Hay ahora más gente que come pollo o carne, porque se ha abaratado su coste. Cuando se replica que aunque ahora coman carne, después pueden morir por enfermedades provocadas por ella, también se contesta que antes morían más jóvenes porque no tenían suficientes proteínas.

T. Comín: ¿Los grandes culpables de la

En el asunto de las vacas
locas los políticos han
acabado subordinándose
a un comité de científicos

expansión del mal de las vacas locas serían los empresarios y políticos ingleses?

J. M. Vallès: Si realmente el gobierno inglés tenía información fundada de que existía este problema —porque los informes de los científicos también dependen de quién encarga la investigación— y han permitido que esta enfermedad se extienda por todo el mundo, quizá algún Tribunal Internacional tenga algo que decir. Pero no será sencillo comprobar una línea de responsabilidades directas.

L. Gomis: Si bien es cierto que la investigación fue pagada por una parte interesada, los empresarios del sector, éstos tampoco sabían lo que podía llegar a pasar.

J. M. Vallès: Sí, en cierta manera.

J. Pérez: Esto también nos llevaría a

darnos cuenta que muchas de las grandes multinacionales tienen mucho más poder que la mayoría de Estados. ¿De qué manera pueden quedar afectadas por este inmenso poder privado las sociedades del siglo XXI?

J. M. Vallès: El Estado ya no es la referencia fundamental para entender la política. Pero estamos tan acostumbrados que hay que seguir contando con él. Es evidente que el factor territorial típico del Estado pierde valor y que las fronteras pierden fuerza. Prueba de ello es el caso de las vacas locas, la exportación de piensos y todo el tráfico de cerdos y animales que circulan por Europa. Lo mismo ocurre en temas de fiscalidad, laborales o de criminalidad.

J. Pérez: Tomando uno de los hilos del libro, cuando se habla de una sociedad "postsocial" y "postestatal", ¿no podría hablarse debido a este creciente poder de las empresas privadas de una sociedad "posdemocrática"? Por ejemplo, en el pasado foro de Davos, los presidentes de las multinacionales tenían un rango similar al de los presidentes de los Estados. Todo ello sin haber pasado por las urnas y sin haber obtenido legitimación democrática alguna.

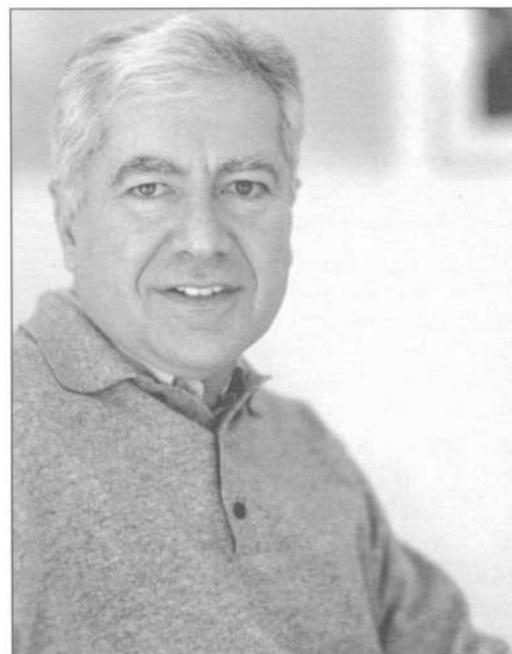
J. M. Vallès: Éste es otro elemento chocante desde una perspectiva de radicalidad democrática. ¿Cómo se resuelve? Por un lado están las propuestas de establecer una comunidad democrática cosmopolita, reforzando las instituciones internacionales. Es lo que propone David Held. Pero para enfrentarse a este poder creciente no controlado, también podemos inspirarnos en algunos ejemplos de movilizaciones a escala global que han funcionado: la campaña contra las minas antipersona o contra el proyecto de Acuerdo Mundial sobre Inversiones. Aprovechando los medios tecnológicos de la globalización, se han creado coaliciones que han frenado determinadas decisiones. Y vemos ahora cómo los de Davos o del FMI empiezan a tener en cuenta estos movimientos. Por eso ya empiezan a aceptarlos con invitaciones para un diálogo compartido. Algunos dirán que se trata de una manipulación. Pero, al menos, han de tenerlos en cuenta.

T. Comín: Con la reunión de Porto Alegre se ha pasado desde una percepción de los movimientos antiglobalización como algo puramente reactivo a ver que también presentan propuestas. Se ha dado otra cara ante la opinión pública.

J. M. Vallès: Efectivamente. Por otro lado, la globalización y la pérdida de poder del Estado, al menos en los países avanzados, puede dejar sin protección social y legal a los sectores más débiles. Desmantelar el Estado y las políticas públicas de bienestar sin reforzar una red de protección alternativa dejaría colgada a una parte de la población que necesita ayuda para sobrevivir y desarrollarse.

J. Pérez: Precisamente una de las cosas que más sorprende del libro es que todos estos cambios de la sociedad del bienestar sólo afecten a un 15 por ciento de la población mundial. A 800 millones de personas de 6.000. Es decir, que hablamos de una minoría, pero ¿qué hacemos con el resto?

J. M. Vallès: Ciertamente, las sociedades más desarrolladas han de cambiar las bases de los pactos de solidaridad interna e inter-



Josep M. Vallès

nacional. No hay que olvidar que una buena parte de la protección que consiguieron los trabajadores en los Estados avanzados se había conseguido gracias a la explotación del Tercer Mundo. Por tanto ahora que el Tercer Mundo empieza a moverse un poco más surge un nuevo problema para nosotros y hemos de resolverlo de otra forma.

T. Comín: De todos modos, también es algo positivo para las masas del mundo que el Estado del bienestar occidental se salve. Por otra parte, dar educación y salud a un país es una cosa que puede hacerse en 20 años. Europa y los países escandinavos lo hicieron en 40 y el sudeste asiático, en 25. Tampoco diré que tengan un Estado del bienestar como nosotros lo entendemos, pero creo que después de la Guerra Mundial los índices sociales del sudeste asiático eran como los de África.

J. Pérez: Quisiera hablar también sobre la limitación de mandatos. En una empresa privada normalmente nadie está tantos años en un mismo sitio como muchos de los cargos públicos.

J. M. Vallès: Pero es que, salvo excepciones, tampoco los políticos están doce años en el mismo lugar, se van moviendo. En los cargos electivos hay más rotación de la que parece. Ésta es pues una falsa imagen, porque son los líderes los que duran; en España, la "tropa" cambia bastante, más que en otros países. Sin limitación de mandato

ya hay unas limpiezas importantes gracias a las elecciones. La limitación de mandato la veo más para los cargos ejecutivos que para los electivos. Yo veo bien por razones de salud democrática que haya una combinación entre profesionales de la política y "temporales"; porque pensar que podemos cambiar los partidos de arriba abajo, ni es factible, ni seguramente útil.

L. Gomis: ¿Y qué queda de la relación entre el diputado y su circunscripción que el poder creciente de los partidos ha anulado completamente?

J. M. Vallès: En lugares donde la administración local no es muy fuerte, un diputado local sí que puede hacer una función de referencia para las personas de ese lugar. En otras partes, el Ayuntamiento es la referencia pública a la que acude la gente. Aquí, a pesar de tener el sistema de listas, se nota que hay diputados que actúan como representantes de un lugar y se trabajan el terreno. Para ellos, tiene mucha importancia la prensa local. Si un diputado comarcal hace algo en el Parlamento, la prensa local se encarga de hablar de su actuación.

L. Gomis: En los parlamentos de antes salía a hablar un señor pintoresco, pero ahora los portavoces son más grises. Esto provoca quizá que haya una cierta monotonía en la vida parlamentaria que la hace distante.

J. M. Vallès: Aquí entramos ya en la cuestión de qué puede ser un parlamento. Para mí debería ser ante todo un instrumento de control del gobierno. Pero la paradoja hoy es que la misma mayoría que da apoyo al gobierno es también la que controla el parlamento e impide que la minoría pueda llevar a cabo el control. Algo se puede hacer y se hace, pero no con la intensidad que sería de desear. Por ejemplo, en teoría el parlamento tiene la función de legislar, pero debemos saber que la capacidad de impulso legislativo la tiene el gobierno. Desde la oposición se pueden introducir correctivos o alguna enmienda. Pero las proposiciones de ley que salen de la oposición y de sus diputados son casi siempre un brindis al sol. Muchas de las iniciativas parlamentarias consumen mucho tiempo y tienen poca o nula efectividad. El reglamento es muy formalista y retrasa las tramitaciones. Es frecuente que una comisión parlamentaria trate asuntos que se plantearon ocho o nueve meses atrás, cuando han perdido la razón de su trámite parlamentario.

L. Gomis: Esta disparidad de tiempo hace que estos asuntos no tengan actualidad periodística.

J. M. Vallès: Hay una cierta actualidad en el momento que se presenta. Sólo en algunos casos se reconoce una tramitación de urgencia. Pero la agilidad debería ser la norma, no la excepción. En suma, lo

importante sería que se controlase bien y con eficacia. Desgraciadamente algo que no puede controlarse bien es la gestión presupuestaria, porque el parlamento aquí no cuenta con el apoyo técnico necesario para ello. No hay economistas al servicio de la actividad parlamentaria. Como no hay sociólogos o politólogos que auxilien a los diputados. Al igual que ocurre en otros países, los parlamentos españoles deberían contar con una oficina de control presupuestario y con expertos a los que pudiesen recurrir los diputados para pedir información y asesoramiento.

J. Pérez: ¿Es inevitable ese ritmo de elefante en la vida parlamentaria?

J. M. Vallès: De nuevo podemos volver a hacer la distinción entre optimistas y pesimistas. Están los que dicen que no hay nada que hacer, que esta institución —aquí y en otros países— tiene una resistencia brutal a la reforma y que únicamente se pueden hacer

Las proposiciones de ley que salen de la oposición y sus diputados son casi siempre un brindis al sol

pequeños retoques. Más ambicioso o más utópico es proponerse una reforma del reglamento con cambios drásticos.

T. Comín: Oyendo todo esto no parece que estés muy satisfecho de haber empezado una carrera en la política activa con Ciutadans pel Canvi.

J. M. Vallès: He perdido calidad de vida respecto a la actividad de profesor. Y es cierto que la parte institucional no es demasiado gratificante. Me motiva más la acción ciudadana o de animación cívica que llevamos a cabo en Ciutadans pel Canvi. Es un intento de participar en política de una forma diferente. Te da la oportunidad de tratar con gente ilusionada, que sigue interesada por la cosa pública y quiere cambios. Y está dispuesta a dar parte de su tiempo voluntariamente para activar estos cambios. Somos pocos pero vamos formando una especie de red. Somos gente que no nos vemos encuadrados en un partido político, pero que queremos estar y participar en la vida política a nuestro modo.

J. Pérez: ¿Por qué has esperado tantos años para entrar en la vida política?

J. M. Vallès: No tengo una respuesta racional. Depende de circunstancias personales y de entorno. En mi caso, por ejemplo, cuenta la invitación de Pasqual Maragall y de su capacidad para lanzar iniciativas ciudadanas poco convencionales. Hay además un estado de opinión que apoya la introducción de reformas en las instituciones, para hacerlas más transparentes y más responsa-

bles: que respondan mejor ante la ciudadanía. Hay campo también para intentar articular mejor las relaciones entre Cataluña, España y Europa: la propuesta "federal" o "parafederal", que ha de tener en cuenta todos los niveles políticos, incluidos los locales. Y, finalmente, porque hay que estimular y promover nuevas formas participativas de los ciudadanos, que son cada vez más exigentes, mejor informados y con mayor nivel de educación. Para algunos esto es utópico, pero en el siglo XIX también tenían muchas utopías que hoy nos parecen obviedades: jornada de ocho horas, sufragio universal, etc. ¿Cuál es ahora la utopía? Que esta ciudadanía más ilustrada y educada se sienta más responsable y solidaria con la colectividad. No dócilmente encuadrada en grandes organizaciones y por grandes consignas, sino con capacidad emprendedora, dispuesta a hacerse oír y a coparticipar en el ámbito público, mediante las asociaciones de usuarios y consumidores, las ONGs, las plataformas ciudadanas de todo tipo. Debemos conectar esta red creciente con la política institucional para interactuar, dialogar. A pesar de que ahora parece una utopía, es algo que vale la pena perseguir y que a la larga acabará fructificando de una manera o de otra, porque los tiempos lo piden. Si hay quien se empeña en ello, claro está.

T. Comín: Has hablado de "parafederalismo". ¿Nos acercamos a un Estado europeo con un gobierno legitimado por sufragio universal?

J. M. Vallès: Puede haber algo así, pero fácilmente reproducirá la plantilla del Estado, tal como la conocemos. Probablemente nos dirigimos hacia una agrupación de estados de tipo federal. Pero lo que llamamos federalismo a escalas nacionales es diferente en cada sitio: EE UU, India, México, Alemania, Suiza, etc. Por eso, cuando hablamos del federalismo europeo hablamos de algo distinto. Lo que es común a todos es un cierto grado de pluralismo institucional y de co-gobierno a todos los niveles: local, regional, estatal, europeo, mundial. Hay que ampliar la capacidad de intervención de todos los escalones territoriales, que todos puedan dar su opinión, y no dejar que los estados se conviertan en los actores únicos y excluyentes dentro de la Unión Europea. Las comunidades autónomas, los *länder*, los municipios, también tienen que tener su voz. Por otro lado, para el posible surgimiento de un gobierno federal europeo se puede pensar en dos procesos distintos: que la creación de instituciones federales comunes fuerce la creación de partidos políticos europeos, o que primero fragüen los partidos europeos y sean éstos quienes impulsen la creación de un gobierno federal. Pero creo que es difícil prever en qué orden pueden suceder las cosas. □